

Fuimos Argentina 78, ahora somos Paseo de los tristes

Por JOSÉ LUIS BELLÓN AGUILERA

Argentina 78 no es un hilo suelto en la obra de Javier Egea. Poemario punk, provocador y radical, suena y excita la imaginación con la misma fuerza más de cuarenta años después, precisamente porque pertenece a entonces.

Voy a situarlo dentro de dos arcos históricos: uno de larga duración, mirado desde ahora, y otro de corto plazo que solo trataré de refilón: la poesía en Granada en aquella coyuntura cultural específica de la Transición.

Nací en 1971 en Granada. Hoy —cuando escribo esto—, un día cualquiera de septiembre del año 2024, *Argentina 78* me parece un grito de rabia en la atmósfera políticamente tensa de la primera Transición, con un título sarcástico de doble envío: al mundial de fútbol (el Gauchito, Adidas Tango, la corrupción) y a la terrible dictadura. Apenas cinco años después del asesinato de Allende en Chile, hacía dos que Argentina sufría una represión feroz, y su mapa se llenaba de los fantasmas de los desaparecidos. Las novelas y cuentos de terror de la escritora contemporánea argentina Mariana Enriquez están poblados de estos fantasmas. Y hay más hoy que queda de ese poemario.

Era aún la Guerra Fría. Los que vivimos 1989 sabemos que la caída del muro abrió un *crack* en la historia del siglo XX. Aún vivimos sus efectos. No hablo —comunista *vintage*— desde ninguna nostalgia o elucubro sobre *qué habría pasado si...*, sino de la escombrera de hombres heces y del reguero de guerras que siguieron (y todavía) al desmoronamiento. Pero vuelvo a 1977-78. Para una persona de izquierdas, crítica, militante o compañera de viaje, eran los años de la crisis del petróleo, del final de los «Treinta Gloriosos» de la economía-mundo capitalista, de la Recesión y el auge de

los neoconservadores (Thatcher, 1979; Reagan, 1981). En 1982, el PSOE gana las elecciones, desatando otras esperanzas al par que los vientos revolucionarios amainaban y el PCE, legalizado en el 77, perdía fuerza. Si se mira en paralaje, hay ciertas coincidencias extrañas: crisis (económica, ecológica), auge de la extrema derecha, otra confrontación de bloques.

1977-1983. No fueron, con todo, malos tiempos para la lírica, la cultura, la música: eran años de una Granada militante, intensamente movilizada, de manifiestos culturales por doquier; en 1974, *Teoría e historia de la producción ideológica*; 1976, la conferencia de Althusser, a la que asisten dos mil personas, el homenaje a Lorca. Pero también una ciudad provinciana, predominantemente de derechas, de clases medias de fiesta flamenca permanente y de una burguesía rúcana en lo que se refiere a la cultura. Una ciudad desconectada de los centros de producción cultural, pero con un intenso debate intelectual interno de nivel. Casi se podría hablar de un campo cultural nazarí de gran ímpetu creativo.

En ese ambiente políticamente cargado y de eferescencia cultural surgió *Argentina 78*, pero también algo después, en un momento álgido de tensión creativa del campo, *la otra sentimentalidad*, creada con A. Salvador y L. García Montero. A ella el poemario no pertenece; fue publicado en 1983, pero había sido escrito antes. El poeta empezó a escribirlo alrededor de 1977, casi inmediatamente después de sacar su primer libro. Y no es simplemente una cuestión de cronología. Hay una economía poética distinta entre ambos poemarios (*A boca de parir* y *Argentina 78*) y *Paseo de los tristes* y *Troppo mare*, un cambio de voz, otra geografía de estilo. Como una transición poética de tono, no tanto ideológica o política. Otras y otros poetas también hicieron su transición poética, y (casi) todos buscaron abando-

nar la denuncia directa, la alusión política abierta. El campo de juego imponía unas nuevas reglas en las que el compromiso buscaba caminos más sofisticados que el ataque frontal, más centrados en transformar la propia poesía, los «yoes» poéticos, para llegar al corazón de la explotación ideológica, a su matriz. Se intentaría —y aquello parece hoy una consigna— escribir «una poesía *otra*». (Pudiera ser así, o bien —simplemente— porque se abandonaban posiciones poéticas comprometidas y heroicas pero institucionalmente comprometedoras. Política es también pactar.)

Nunca supe realmente qué se quiso decir con una poesía *otra*. En ello, en lo «otro», se abría un mundo ignoto, luminoso, sin que se supiera qué, aunque en silencio se sintiese o sospechase. Durante un tiempo creí entenderlo: había que partir de cero y crear un lenguaje que fuera el de los explotados, no el de los explotadores. ¿Pero cómo? La poesía debía romper con la explotación ideológica, robarle palabras al lenguaje del Amo. Incluso escribí sobre ello. Ahora es distinto. Ahora creo que entonces —y aún hoy— se valoraba demasiado la poesía como discurso privilegiado para dar voz a un inconsciente ideológico *otro* (como si eso fuera posible). ¿Por qué la poesía y no un informe sindical, un trabajo de historia o una manifestación callejera? Hay una mitología del poeta y una poesía del poeta, heredera del romanticismo que todavía nos habita, si no le quitamos la máscara. El poeta como ser excepcional, mágico, auro. Se ha escrito mucho de Egea y de *La otra sentimentalidad*. Se ha insistido en la excepcionalidad de ambos, se ha creado un mito y, como en todos los mitos, hay algo de indeterminación, de sobreinterpretación. La historia verdadera aún está por contar.

Tropo mare es un libro sobre la soledad, surgido de la soledad, como *Paseo de los tristes*. La poesía en ellos es

refugio, reflexión, talla de soledad no como *saudade* o como sentimiento en ameno remanso, sino una soledad secretada por la explotación: la soledad como dispositivo de poder. En ambos libros la poesía es un arma cargada de presente y así lo proclama su autor en la «Poética» de *La otra sentimentalidad* (1983), en el terceto más deslumbrante de la historia de la poesía española contemporánea: «Porque a pesar de todo nos hicimos amigos / y me mantengo firme gracias a ti, poesía, / pequeño pueblo en armas contra la soledad». *Argentina 78* es también esto pero conformado por otra estética; un libro distinto, corto pero intenso, lanzado como una ráfaga a la oscuridad de la dictadura argentina, escrito con rabia, un poemario punk. Y leerlo es una forma de no estar solo políticamente.

Uno debiera abrir *Argentina 78* sin prefacios ni prólogos, y enfrentarse a los versos iniciales del primer poema: «Pareciérate extraño / que desde aquí te culpe, / que desde aquí me ocupe de tu nombre». El lector podría preguntarse entonces si el hablante (la voz o yo del poema) se dirige a él —su cómplice y, en cierto modo, su hermano— para llamarle hipócrita. El imperfecto del subjuntivo es el tiempo potencial, del *como si*, el de la hipótesis de pasado. Cuando leas esto —parece exclamar—, «acaso te preguntes / por qué ese empeño en denunciarlo todo, / por qué vienen del Sur, hiriendo, las palabras». Son los versos de la segunda paraestrofa. El inicio de la siguiente aclara el destinatario («Yo te digo, Videla»), y allí el hablante se posiciona sin sombra de duda: «que viven los poetas con los ojos abiertos», que sentir y saber abre dos caminos: «apoyar a la muerte o defender la vida». El libro responde a esa posible pregunta del lector (Videla) con un insulto tras otro al dictador argentino, pero también implica al mismo tiempo una introspección o mirada hacia dentro,

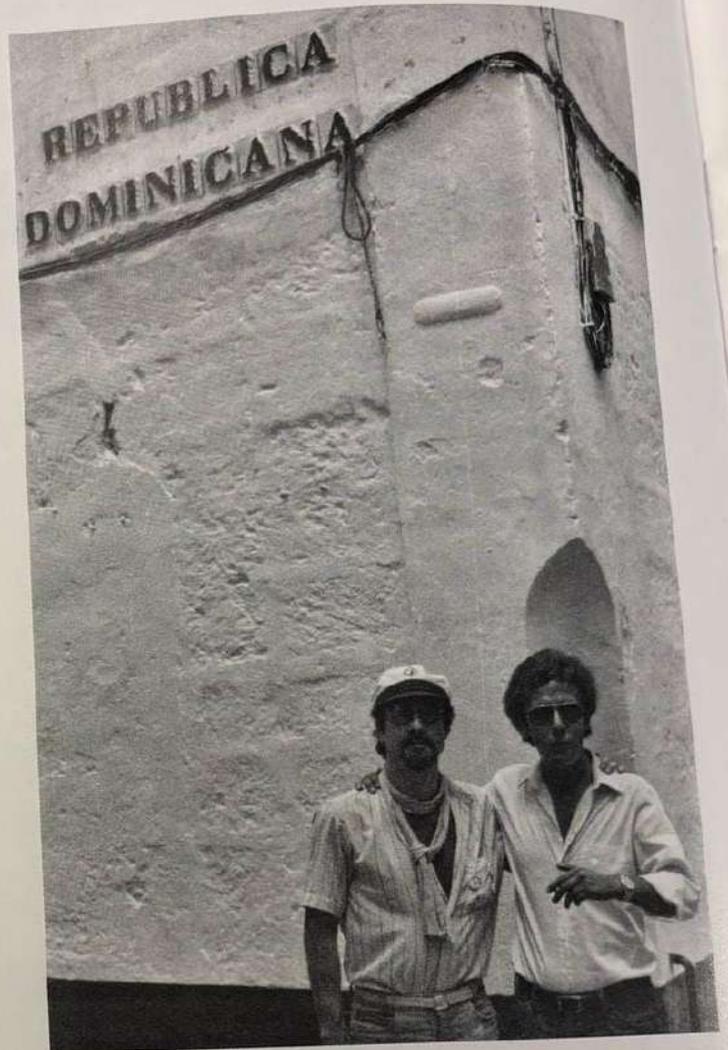
personal y geográficamente: los asesinos están entre nosotros y podemos convertirnos en uno de ellos.

El libro es una diatriba directa contra el dictador, un grito oculto al imperialismo y un viaje al corazón del otro, del desaparecido, del asesinado, como en III: «Yo desaparecido / solo recuerdo ... / los ojos vendados ... / sobre esta piedra fría». Sus anáforas, repeticiones, polisíndeton, su energía hacen del poemario un prodigio de ritmo, con sus versos yámbicos y sus combinaciones de versos de arte menor y endecasílabos, hasta el soneto de VIII y la explosión final, que no es un retorno ya en el saber, sino una exclamación: desde la pregunta «por qué vienen del Sur, hiriendo, las palabras» (I), hasta «desde el Sur te condeno a las letrinas» (X). En *Troppo mare*: «Lo que pueda contaros / es todo lo que sé desde el dolor / y eso nunca se inventa», hay un descubrimiento, un desvelamiento. En *Argentina 78* hay una afirmación: «va mi canto hacia ti como un grito, / como un puño gigante», y las preguntas son retóricas: tú eres la vida rota, tú eres la muerte.

El hablante le dice al dictador que es «un jirón de la ropa que le sobró al Imperio» (IV). Los lectores de Chomsky sabemos de la Operación Cóndor, tras Chile en el 73 y desde 1975, a lo largo del siglo XX. Pero ya lo supo Rubén Darío en su increíble poema dedicado y titulado «A Roosevelt», escrito poco después de la invasión de Panamá en 1903: «alumbrando el camino de la fácil conquista, / la Libertad levanta su antorcha en Nueva York». De hecho, esa confrontación yo-tú arraiga en Darío: «Crees... / que en donde pones la bala / el porvenir pones. / No», y ambos en el *J'accuse...!* (1894) de Zola. Sólo que Egea estaba solo.

El hablante increpa al dictador, salvo en el III («Yo desaparecido», ya comentado) y el VI, este un poema que imagina la mente del dictador firmando condenas de muerte (recuerde el alma dormida que Franco murió firmando condenas de muerte: dos miembros de ETA político-militar y tres del FRAP fueron fusilados el 27 de septiembre de 1975).

El hablante insulta a Videla constantemente hasta el grito final (X), casi una canción digna de Eskorbuto o los Dead Kennedys, aunque sean endecasílabos con hipérbatos: «de vómitos podridos te coronó, / lanzo un siglo de pus sobre tu cara. / Que en tus ojos fermente la basura del mundo». 1977 fue el año de *Never Mind the Bollocks, Here's the Sex Pistols* y de *The Clash*. Aquella



Javier Egea y Antonio Jiménez Millán (Cádiz, 1983). Fotografía: Álvaro Salvador ©.

España de turistas, de *Holidays in the sun* («A cheap holiday in other people's misery!»).

No sé qué ha quedado más lejos. Si La otra mentalidad o las ráfagas de rabia de *Argentina 78*. Más lejos y más cerca. En el mundo de hoy, devastado por la guerra, la desposesión y la crisis ecológica, el tono del segundo daría forma más directa a una respuesta política contra ese cinismo y desvergüenza con que hablan las clases dominantes hoy, probablemente lobotomizadas, en plena escalada de violencia. Pero sería aquella, sofisticada, profunda y bella, la que hable de nuestra cotidiana impotencia y sentimiento de soledad en Granada, Madrid, Nueva York o París.

En Granada hay todavía, subiendo hacia el barrio del Realejo, una «Placeta Joe Strummer».